



Luvia

Política y poder en la era transnacional

Ruslan V. Posadas Velázquez

Resumen

El artículo se centra en la problemática que enfrentan las teorías tradicionales para abordar el concepto de *poder* desde una perspectiva nacional. En ese sentido, se propone analizar la viabilidad de concebir el ejercicio del *poder real* desde una perspectiva transestatal, dado el nuevo panorama que imponen a la actividad política los distintos actores transnacionales en el actual proceso de globalización.

Palabras clave

Política; poder; perspectiva transnacional; globalización.

Abstract

The article discusses the problems faced by traditional theories to address the concept of *power* from a national perspective. In that sense, it tries to assess the feasibility of designing the exercise of *real power* from a trans-state perspective, given the new situation imposed on political activity of various transnational actors in the current globalization process.

Keywords

Politics; power; transnational perspective; globalization

El metajuego que cambia las reglas de la política mundial significa una segunda "Great Transformation". Los Estados ya no constituyen la única arena de la actuación colectiva en el sentido de marcar el espacio y las reglas del juego de la actuación política (incluidas las de las irrenunciables instituciones sociales donde se toman y ejecutan las decisiones colectivas). Con el metajuego reflexivo, irrumpe en la realidad la pregunta de hasta qué punto los fundamentos mismos del poder estatal se convierten en objeto de estrategias de poder políticas y económicas a nivel mundial. Pero esto significa que es la globalización y no el Estado quien define y transforma las arenas de la actuación colectiva. Ulrich Beck, Poder y contrapoder en la era global.

La vinculación de la actividad política con el poder es añeja y fue vista con mucho tino, entre otros, por Niccolo Maquiavelli cuando advirtió que toda representación de la dinámica política se materializaba de manera ambivalente: la mitad en forma humana y la otra en aspecto insintivo:

Aquel, pues, que juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse contra los enemigos, ganar amigos, vencer o con la fuerza o con el fraude, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y reverenciar por los soldados, eliminar a quienes pueden o deben ofenderte, innovar con nuevos modos el antiguo orden, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, suprimir la milicia desleal, crear otra nueva, mantener la amistad de reyes y príncipes de manera que tengan que beneficiarte con cortesía o atacar con respeto...¹

El florentino esbozaba así que la esencia del poder político contaba de un lado con la mano amiga y del otro con el porrazo, mismos que se alternaban dependiendo de las circunstancias. En buena medida este claroscuro ha servido a los historiadores para explicar la evolución de los imperios y las distintas civilizaciones, así como el propio desarrollo de las sociedades preindustriales y posindustriales.

Sin embargo, fueron Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels quienes consolidaron directrices teóricas para el análisis del poder político, en sus vertientes de clase política, élite y grupo en el poder, respectivamente.

En el caso de Mosca, la idea de conformación de la clase política representaba un fin en sí mismo, pues a partir de ella se articulaban los ejes de la actividad política:

Entre las tendencias y los hechos constantes que se encuentran en todos los organismos políticos, aparece una cuya evidencia se le impone fácilmente a

¹ Maquiavelli, Niccolo, "Capítulo VII De los principados nuevos adquiridos con las armas y la fortuna de otros", en *El Príncipe*, Altaya, Barcelona, 1993, p. 32.

todo observador: en todas las sociedades, empezando por las más medianamente desarrolladas, que apenas han llegado a los preámbulos de la civilización, hasta las más cultas y fuertes, existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que es siempre la menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de las ventajas que van unidas a él. En tanto, la segunda, más numerosa, es dirigida y regulada por la primera de una manera más o menos legal, o bien de un modo menos arbitrario y violento, y a ella le suministra, cuando menos aparentemente, los medios materiales de subsistencia y los indispensables para la vitalidad del organismo político.²

Norberto Bobbio recuerda que el siciliano Mosca no se limitó a señalar en 1875 que en toda sociedad existe una clase política compuesta por un número restringido de personas, su objetivo se centró en dilucidar los pormenores que motivaban esa razón de ser:

La clase política obtiene su fuerza del hecho de estar "organizada", entendiéndose por "organización" tanto el conjunto de relaciones interesadas que inducen a los miembros de la clase política a unirse entre sí y a constituirse en grupo homogéneo y solidario contra la clase dirigida más numerosa, pero dividida, desarticulada, dispersa, desunida, como también el aparato o la maquina estatal de que se sirve la clase política como instrumento para la realización de sus propios fines.³

Años más tarde, en 1916, Vilfredo Pareto ubicó a las clases dirigentes como élites, en función de que era a través de ellas donde se procesaba la lógica del poder, haciéndose evidente la desigualdad entre los hombres.

La teoría del equilibrio social está basada en gran parte en el modo en que se combinan, se integran y se sustituyen las diversas clases de élite; de las cuales las principales son las políticas (cuyos dos polos son los políticos que usan la fuerza, o leones, y los que usan la astucia, o zorros), las económicas (cuyos dos polos son los especuladores y los rentistas) y las intelectuales (en que se contraponen continuamente los hombres de fe y los de ciencia).⁴

Por su parte, Robert Michels, al analizar de manera empírica la dinámica de los grupos de poder en el Partido Socialdemócrata Alemán al inicio del siglo XX, enfatizó que la actuación de aquellos se asemejaba más a las acciones de un grupo cerrado que no permitía la renovación de sus integrantes.

A este grupo de poder le dio el nombre de "oligarquía", usando un término que, a diferencia del de "aristocracia" usado por el conservador Pareto, tiene

2 Mosca, Gaetano, *La clase política, México*, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 106.

3 Bobbio, Norberto, "Teoría de las élites" en Bobbio, Norberto, *et. al., Diccionario de política volumen I de la "a" a la "j"*, Siglo XXI, México, 2007, p. 520.

4 *Idem.*

una connotación evaluativa negativa, y revela que para el autor, proveniente de las filas del movimiento socialista, el fenómeno tenía un carácter degenerativo (aunque inevitable).⁵

A Michels se le debe haber convertido en ley la estrategia que asume cierto grupo de personas para ostentar sempiternamente el ejercicio del poder. De hecho si quisiéramos encontrar el sustrato de la Ley de Hierro de la Oligarquía, tendríamos que enfatizar, como señala Giovanni Busino, los siguientes aspectos:

1. En cada uno de los grupos entre los cuales, por la división del trabajo, se subdivide una organización social, surge, cuando se consolida, un interés propio, un interés entre sí y para sí: es la tendencia oligárquica.
2. Ciertos estratos sociales, que se diferencian según las funciones que cumplen, tienden a unirse, surgiendo así órganos que representan sus intereses particulares: es una desviación con respecto a sus metas iniciales.
3. En la organización en su conjunto, un interés particular se vuelve un fin en sí, con sus objetivos y sus intereses propios, de manera que esta organización se separa teológicamente de la clase a la que representa: es el abandono del proyecto revolucionario.⁶

El razonamiento de Michels lo llevó a establecer la máxima de que *decir organización es decir oligarquía*. En otras palabras, la organización se materializaría en el predominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegantes, de los representantes sobre los representados, del gobierno sobre el pueblo.⁷

Contemporáneo de Mosca, Pareto y Michels, Max Weber definió la acción política como "la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen."⁸

Uno de los propósitos de Weber al analizar la dinámica del poder consistió en advertir que quienes lo ejercían se enfrentaban a los claroscuros que aquél generaba: por un lado pactaban con dios y por el otro con el diablo. Empero, el sociólogo alemán conminaba a los estadistas a asumir su papel con pasión a la vez que con mesura, a efecto de consolidar su *vocación* por la actividad política.

Por su parte, en una línea de interpretación distinta, Nicos Poulantzas, un marxista revisionista, al analizar el papel de las clases dominantes, y en particular de la burguesía, estableció que el Estado ocupaba un rol determinante en la relación de subordinación de unas clases sobre otras:

El Estado tiene un papel principal de organización. Representa y organiza a la clase o clases dominantes, representa y organiza, en suma, el interés político a largo plazo del bloque en el poder, compuesto de varias fracciones burguesas (porque la burguesía se divide en fracciones de clase), donde a veces

⁵ *Ídem*.

⁶ Busino, Giovanni, "Élite" en Orozco, José Luis y Dávila, Consuelo (Compiladores), *Breviario político de la globalización*, Fontamara/UNAM-FCPS, México, 1997, pp.89-90.

⁷ Michels, Robert, "La democracia y la ley de hierro de la oligarquía" en *Los partidos políticos II. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003, pp. 164-180.

⁸ Weber, Max, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 84.

participan clases dominantes pertenecientes a otros modos de producción pero presentes en la formación social capitalista.⁹

De acuerdo con Poulantzas, la clase burguesa dominante no es homogénea, pues dentro de la misma existen facciones, que constituyen grupos de poder al interior de la propia clase dominante. Según el autor, ello queda ejemplificado en el propio desarrollo del modelo capitalista, primero pasando de los terratenientes como clase dominante a los burgueses en el siglo XIX, mientras que durante el siglo XX, la división de la clase dominante se da entre el sector industrial y el sector servicios.

Sin embargo, en esta pugna entre las diversas fracciones de la clase dominante, el rol del Estado tendrá "siempre una autonomía relativa con respecto a tal o cual fracción del bloque en el poder a fin de asegurar la organización del interés general de la burguesía bajo la hegemonía de una de sus fracciones."¹⁰

Los distintos enfoques contemporáneos que han asemejado la acción política con el ejercicio real del poder deben mucho a las tesis de pensadores como Mosca, Pareto, Michels, Weber y Poulantzas, pues materializan dicha acción con la capacidad de producir efectos simbólicos y prácticos en cualquier tipo de relación social, a partir del mandato de algunos y de la obediencia de otros.

Pero es en el contexto reciente de las democracias liberales donde encontramos que la lógica del mando y la obediencia está determinada en función de la legitimidad y la legalidad. Por ello, no es casual que en los manuales especializados encontremos que se defina a la política como "la actividad a través de la cual los grupos humanos toman decisiones colectivas. La política es una actividad que subyace y excede el marco estatal."¹¹

En ese tenor, los grupos de poder emergen dentro del marco del Estado democrático no sólo como clases políticas, élites u oligarquías, sino también como grupos de presión cuya finalidad, es incidir en la toma de decisiones, teniendo como premisa la conservación y protección de sus intereses.

Hay que advertir que históricamente la interpretación contemporánea sobre quiénes y cómo ejercían el poder hundió sus raíces en el corazón de la fundación de los Estados-nación, tal como lo muestran las reflexiones de Maquiavelli hasta las de Weber.

Más recientemente, encontramos que con la consolidación del modelo de *Welfare State* en la posguerra, se consolidó la línea de investigación sobre las clases políticas, las élites y los distintos grupos de poder que se desarrollaron en el ámbito de las democracias liberales desarrollistas. El arquetipo burocrático, a la usanza weberiana, fue el que marcó el derrotero del análisis sobre el ejercicio del poder político.

Con el ascenso del neoliberalismo, sobre todo después del fin de la Guerra Fría comienza, propiamente dicha, la mudanza del ejercicio del poder de la clase burocrática profesional a la élite tecnocrática. Este proceso fue cimentado por lo que se dio en llamar *Reforma del Estado*, mismo que tuvo como finalidad que el cambio de estafeta en el poder político permitiera la defensa de los intereses del mercado. La clase tecnocrática ha sido desde entonces la que ha marcado el rumbo de los Estados en la arena internacional.

9 Poulantzas, Nicos, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, México, 2005, p.152.

10 *Idem*, p. 153.

11 Del Águila, Rafael "La política, poder y legitimidad" en *Manual de ciencia política*, Trotta, Madrid, 1997, p. 21.

Es por ello que en el actual derrotero mundial conviene formular las siguientes interrogantes: ¿qué queda de las teorías que explicaron el origen y los depositarios del poder *real*?, ¿qué tanto poder tienen las antiguas clases gobernantes, las élites y los distintos grupos que se afincaron en el modelo de Estado-nación y más en particular en el Estado de bienestar?, si es que aún tienen algún peso ¿qué tanto les sirve para ejecutar las principales decisiones políticas?

¿Cómo se configura hoy el derrotero del poder en la globalización?, ¿qué poder pesa más, el que está intramuros o el que se consolida extramuros de los Estados?, ¿cuál es el papel de la nueva clase tecnocrática?, ¿podemos hablar incluso de que existe una *nueva* clase tecnocrática *transnacional*?, si esto es así ¿cómo podemos interpretar hoy la dinámica del ejercicio del poder?

Uno de los pensadores más acuciosos que ha reflexionado que es necesario esbozar una nueva interpretación sobre las mudanzas del poder en el proceso de globalización. Para ello comienza por precisar las diferencias entre lo que fue el afianzamiento del modelo estatal y su declive, o lo que para él es la *primera* y la *segunda* modernidad, respectivamente.

De acuerdo con Beck, la *primera modernidad* es: "la noción de una sociedad que se constituye en el marco de un Estado-nación"¹², caracterizada por el pleno empleo y por una política del Estado de bienestar y apoyada también por identidades colectivas preexistentes relativamente homogéneas y definidas por la idea del progreso.

No obstante, Beck cree que ese modelo, cuyo auge se dio en la posguerra, fue puesto en tela de juicio por una *radicalización* de la modernidad, una *segunda* modernidad, términos con los que él se refiere a la globalización. El pensador teutón define la *segunda modernidad* como el proceso donde la individualización alcanza su máxima expresión, dando al traste con la visión estatista de la *primera modernidad*.

Según Beck, existe un *individualismo institucionalizado*, ya que las instituciones esenciales, como los derechos sociales y los derechos políticos se orientan hacia el individuo y no hacia los grupos, amén de que ambos están acompañados de desafíos fundamentales de la sociedad moderna como la merma del trabajo asalariado y las crisis ecológicas, que ponen en entredicho el modelo de racionalidad del industrialismo.

Ese modo de sociedad (la primera modernidad) es puesto en cuestión por una serie de procesos que pueden ser entendidos como una radicalización de la modernización. Por lo pronto, uno de esos procesos de radicalización consiste en la globalización; este término no se limita para mí a meros procesos económicos sino que consiste en que ya no podemos concebir la sociedad como un contenedor organizado estatalmente.¹³

Es justamente en el contexto de la *radicalización* de la modernidad donde Beck ubica la descentralidad de la actividad política, ya que la *globalización* se define como el conjunto "de procesos en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, iden-

12 Beck, Ulrich, "Políticas alternativas a la sociedad del trabajo" en Beck, Ulrich, et. al., *Presente y futuro del Estado de Bienestar: el debate europeo*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 2001, p.13.

13 *Idem*, p. 14.

tidades y entramados varios".¹⁴

Con la globalización se ha hecho evidente la hegemonía de los intereses del capital transnacional y su expresión en el plano del orden político mundial. Lo que llamamos globalización emerge de la intersección entre las estrategias de las corporaciones (internacionalización del capital en sus modalidades de producción, circulación y consumo) con la trama jurídica, política e institucional de acuerdos que hacen posible y facilitan tales estrategias.

Los acuerdos de libre comercio, la banca internacional y otras organizaciones multilaterales son ejemplos de dicha trama, pero el movimiento en su conjunto es más amplio. La ampliación del mercado en redes globales y en espacios sociales integrados ha sido posible gracias al poder hegemónico transnacional que posibilita y favorece esta ampliación.

El proceso de globalización se ha hecho una realidad por los planes de las corporaciones mundiales, las políticas económicas de los organismos financieros transnacionales y los acuerdos multilaterales de libre comercio. En ese contexto, el papel de los Estados, a excepción de los que son superpotencias, viene a ser casi testimonial.

De ahí que las antiguas clases gobernantes, las élites y los grupos de poder intraestatales asuman ahora un papel secundario en la toma de decisiones y cedan su papel a la *nueva* clase tecnocrática de origen *nacional* pero con intereses *transnacionales*.

No es que los viejos grupos de poder hayan dejado de existir, pero su órbita de acción se concentra más que nunca en el plano de las decisiones nacionales de carácter *secundario* como por ejemplo la organización de los procedimientos electorales, la promoción de la cultura democrática y los aspectos relacionados con las cuestiones de auditoría y transparencia.

La cuestión es que en nuestros días las principales decisiones, el ejercicio *real* del poder, como la confección de la política económica y la hechura de la política social, se hacen extramuros de los Estados y fuera de la intervención de los grupos tradicionales que ejercían el poder político. Empero, habría que decir que esos grupos continúan siendo importantes para el análisis politológico, no porque *tomen* las principales decisiones, sino porque se dedican a *administrarlas*. Es por eso que en nuestros días la reflexión sobre las clases políticas continúa siendo referida en la ciencia política, pero más en un sentido testimonial que por el ejercicio real del poder que tienen.

Por ello la nueva lente del análisis politológico debe mirar cada vez más a las decisiones que toman los actores transnacionales, pues éstas interfieren inevitablemente con los planes de los actores nacionales tradicionales ya sea para preservar sus privilegios, mantenerse en el poder o influir en el mismo. La actual política económica que se confecciona transnacionalmente es un buen ejemplo de ello.

Por esa razón, Ulrich Beck asemeja la globalización con la ausencia de Estado, o podríamos decir con ausencia de actores políticos que conduzcan el rumbo del mismo, pues no pocos referentes del Estado-nación se han ido desdibujando provocando que cuestiones como la soberanía y la legitimidad queden en entredicho, sobre todo porque la tecnocracia transnacional se ha apropiado de muchos espacios que antes eran de uso exclusivo de los grupos de poder internos.

De acuerdo con Beck esta nueva situación obliga a la migración del análisis sobre la lógica del poder político, ya que "la economía del mercado mundial y su dinámica han alterado las reglas de la política mundial. Al no existir ya límites económicos, políticos o sociales, empieza ya

14 Beck, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998. p.29.

una nueva lucha por el poder y el contrapoder".¹⁵

El sociólogo de origen polaco Zygmunt Bauman también ha advertido sobre las transformaciones que está sufriendo la fisonomía del Estado-nación. Bauman recalca que una característica por antonomasia del Estado era la soberanía, pero con la globalización se ha derrumbado la idea de que aquél era:

Una agencia que reclamaba el derecho legítimo –y poseía los recursos para ello- de formular e imponer las reglas y normas a las que estaba sujeta la administración de un territorio dado; reglas y normas que –se esperaba- transformarían la contingencia en determinación, el azar en regularidad, el caos en orden.¹⁶

Bauman ubica el ocaso de la actividad política estatal con el rompimiento de las *tres patas del trípode de soberanía*: la autosuficiencia militar, la económica y la cultural. De todas esas *patas rotas* es la económica la que más problemas le ha representado, dado el poder que sobre el Estado ejerce el, ahora móvil, capital financiero mundial. Es justamente ese nuevo poder económico, advierte el autor, el que crea una élite transnacional que desplaza el rol de las antiguas élites nacionales.

La nueva elite global goza de una ventaja enorme frente a los guardianes del orden: los órdenes son locales, mientras que la élite y la ley del mercado libre son translocales. Si los encargados de un orden local se vuelven demasiado entrometidos y molestos, siempre se puede apelar a las leyes globales para cambiar los conceptos del orden y las reglas del juego locales.¹⁷

La mutación en las élites tiene desde luego implicaciones para la vida de los Estados, pues muchos de ellos son meras fachadas de la nueva economía política mundial. Como observa Christopher Lash, al examinar el *modus operandi* de las élites económicas en América, las nuevas clases dirigentes son cautivadas por los mercados transnacionales, en función de una relación de intereses mutuos.

El mercado en el que operan las nuevas élites tiene ahora un alcance internacional. Sus fortunas están vinculadas a empresas que operan a través de las fronteras nacionales... sus lealtades –si este término no resulta anacrónico en este contexto- son más internacionales que regionales, nacionales o locales. Tienen más en común con sus colegas de Bruselas o Hong Kong que con las masas de americanos que aún no se han conectado a la red mundial de las comunicaciones.¹⁸

No es descabellado pensar que las élites económicas mundiales, identificadas con la tecnocracia, hubiesen servido antaño a los ámbitos estatales, pero la globalización las ha hecho

15 Beck, Ulrich, *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Paidós, Barcelona, 2004. p. 14.

16 Bauman, Zygmunt, *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 82.

17 *Idem*, p. 162.

18 Lash, Christopher, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 38.

mudar hacia horizontes transestatales donde su desempeño, en términos de escalar nuevas posiciones de poder, es mayor.

Aún así, sigue existiendo endógenamente la *movilidad* de las élites, pues la propia lógica del mercado mundial obliga a las clases dirigentes transnacionales a reagruparse y refundarse. Como señala el filósofo italiano Danilo Zolo:

La dinámica del mercado origina constantemente una diversidad de poderes y contra poderes, obstaculizando con ello la formación de autocracias públicas o privadas a favor de una multiplicidad de centros de decisión relativamente independientes y competitivos. Y, además que la competencia entre élites provoca que se produzcan reagrupamientos -la 'circulación de las élites', según la expresión de Pareto-, dado que siempre hay algún grupo, entre los que están en el poder, que está interesado en apoyar la incorporación de otros nuevos, que han sido excluidos o son menos fuertes, a cambio de su respaldo político.¹⁹

La rotación de élites tecnocráticas en teoría podría ser benéfica para la democracia, empero el problema es que dichas élites, que defienden la lógica de los mercados, casi nunca están comprometidas ni con los valores democráticos, ni con los arreglos institucionales locales. Su fin es la ganancia y en pos de ella eluden los controles estatales o realizan las reformas administrativas para destruirlos. Tiene razón Zygmunt Bauman cuando asevera que:

Mientras los agentes tradicionales ya no son capaces de llevar a cabo ninguna acción eficaz, los agentes verdaderamente poderosos y con recursos se han ocultado y operan fuera del alcance de todos los medios tradicionales de acción política, especialmente fuera del alcance del proceso de negociación y control democrático centrado en el ágora. Estos nuevos agentes celebran su independencia y autonomía del ágora.²⁰

Por ello encontramos que las nuevas clases políticas y élites que ejercen el poder *real* están íntimamente vinculadas a las empresas transnacionales, a los organismos financieros mundiales o a las grandes superpotencias económico-militares.

No resulta casual que, por ejemplo, los ministros de Hacienda tengan a menudo relaciones estrechas con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial de Comercio, o bien que los Ministros de Comercio simpaticen con los intereses de diversas empresas transnacionales como Coca Cola, Siemens o Sony. Tampoco es fortuito que no pocos primeros ministros, jefes de gobierno o presidentes tengan como directrices políticas las que promueven las superpotencias. Como señala Carlo Altini, con la globalización:

Ha aparecido cada vez con más prepotencia la crisis del Estado moderno entendido como el único depositario de la soberanía y como único sujeto de la política mundial, en la que han aparecido concretamente nuevos sujetos

19 Zolo, Danilo, *Democracia y Complejidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994, p. 143.

20 Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, p. 108.

(no sólo "políticos") que contribuyen a la progresiva estabilización de una superestructura ideológica de carácter técnico que procura justificar nuevas formas de poder y dominio sin la explícita definición de las relaciones de poder. Pero esta "superestructura" opera como "poder indirecto", esto es, utilizando instrumentalmente la "estructura" racional y formal del Estado moderno. Precisamente porque está privado de un fundamento trascendente, el orden político moderno es artificial en cuanto producto "necesario" de una "coacción al orden" que, confrontándose a la vez con la ausencia de fundamento y con la "necesidad" de la trascendencia, asume en su propio interior la contradicción entre experiencia y excepción, entre conflicto y forma, entre contingencia y mediación.²¹

En ese sentido, es indispensable que los nuevos estudios sobre quienes ejercen el poder *real* concentren su atención en la esfera transnacional más que en la doméstica. Si bien las teorías clásicas sirven de punto de referencia, lo cierto también es que se han vuelto insuficientes para entender la dinámica del poder político en el proceso de globalización.

Las antiguas clases gobernantes, las élites y los distintos grupos que se afincaron en el modelo de Estado-nación tienen ahora un peso marginal en la arena internacional que poco les sirve para tomar, no así para administrar, las principales decisiones políticas. Con la globalización han arribado a las esferas locales de poder, diversas élites tecnocráticas, que con todo y que vienen legitimadas popularmente, responden de manera creciente a intereses transnacionales.

Asimismo, la dinámica global ha impulsado a actores translocales que deciden por nosotros sin estar democráticamente legitimados. En este tenor, representantes de organismos monetarios, de empresas transnacionales, de gobiernos de superpotencias, entre otros, tienen influencia en los Poderes Públicos de muchos países, a pesar de su falta de representatividad y control.

Por ello, la reconfiguración de las esferas donde se ejerce el poder en el proceso de globalización debe convertirse en uno de los nuevos objetos de estudio de la ciencia política.

Bibliografía

- Altini, Carlo, *La fábrica de la soberanía. Maquiavelo, Hobbes, Spinoza y otros modernos*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2005.
- Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
- ___ *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- Beck, Ulrich, et. al., *Presente y futuro del Estado de Bienestar: el debate europeo*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 2001.
- Beck, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.
- ___ *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Paidós, Barcelona, 2004.
- Bobbio, Norberto, et. al., *Diccionario de política volumen I de la "a" a la "j"*, Siglo XXI, México, 2007.
- Del Águila, Rafael "La política, poder y legitimidad" en *Manual de ciencia política*, Trotta, Madrid, 1997.
- Lash, Christopher, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Maquiavelli, Niccolo, *El Príncipe*, Altaya, Barcelona, 1993.
- Michels, Robert, *Los partidos políticos II. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.
- Mosca, Gaetano, *La clase política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

²¹ Altini, Carlo, *La fábrica de la soberanía. Maquiavelo, Hobbes, Spinoza y otros modernos*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2005, p. 13.

Orozco, José Luis y Dávila, Consuelo (Compiladores), *Breviario político de la globalización*, Fontamara/UNAM-FCPyS, México, 1997.

Poulantzas, Nicos, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, México, 2005.

Weber, Max, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

Zolo, Danilo, *Democracia y Complejidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.